

Daniela Alcívar Bellolio

**Fárragos Finalmente:
la vida afuera**

**Editora Grumo
Serie Gafañoto**

Crónicas



**FÁRRAGOS FINALMENTE:
LA VIDA AFUERA**

Alcívar Bellolio, Daniela
1era edición – Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Grupo
editorial, 2021
23 p. 20 x 13 cm – (Serie Gafañoto Crónicas)

1.Crónicas

Editora Grumo
Editores: Paula Siganevich, Paloma Vidal, Mario Cámara

Buenos Aires/Argentina
São Paulo / Brasil

ISBN: 978-987-22445-8-3

Daniela Alcívar Bellolio

**FÁRRAGOS FINALMENTE:
LA VIDA AFUERA**

**EDITORA GRUMO
SERIE GAFAÑOTO
CRÓNICAS**

A Sebastián, en este arduo camino

Y el poeta se retrasa mirando las piedras y preguntándose:
¿acaso existe
entre estas líneas despedazadas, estas crestas, estos picos,
estas puntas convexas, cóncavas?;
¿existe el movimiento del rostro, la silueta de la ternura
de aquellos que extrañamente se fueron borrando de
nuestras vidas,
de aquellos que se quedaron, como sombras de olas y
pensamientos en la infinitud del mar?

Yorgos Seferis
"El rey de Asiné"

La manera por la que el pasado recibe la impresión de una
actualidad más reciente está dada por la imagen en la cual
se halla comprendido.

Y esta penetración dialéctica, esta capacidad de hacer pre-
sentes las correlaciones pasadas, es la prueba de verdad
de la acción presente. Eso significa que ella enciende la
mecha del explosivo que mora en lo que ha sido.

Walter Benjamin
París, Capital del siglo XIX.
El libro de los pasajes

En casa de mi familia no había muchos libros, ni la costumbre de leer. Mi abuelo materno había sido un escritor bastante reconocido en Guayaquil e incluso en el país. Se llamó Walter Bellolio, yo no lo llegué a conocer. En 1974 fue a España a publicar el libro que lo consagraría, y ahí lo atropelló un carro y lo mató. Cuando yo era niña, el nombre de sus libros o el reconocimiento del que disfrutaba en los círculos culturales ecuatorianos no era el tipo de noticias que me llegaba acerca de esa figura lejana, y de su gran biblioteca tampoco me tocó nada: el destino de esos libros valiosos me es desconocido.

Así que cuando yo era niña lo que había, en cualquiera de las casas que habitaba parcialmente (las de mis tíos, la de mis abuelos paternos, la que lográramos habitar con mi madre y hermana) era televisión nacional, tedio vespertino y alguna sensación persistente de peligro o incertidumbre. Recuerdo esa época ambigua, la de mi infancia, con menos cariño que la mayor parte de las personas, que reservan su nostalgia para esos tiempos en que todo lo suponen feliz y ajeno a los conflictos que traen edades posteriores. Es una mezcla de circunstancias adversas lo que alcanzo a evocar, que al no haber sido directamente trágicas ni excepcionales, le quitan de entrada su valor moral a lo que podría ser relatado como una historia más o menos heroica de superación de obstáculos, y me dejan indecisa sobre si vale la pena entrar o no en más detalles. Pero también recuerdo, y vívidamente, que en algunas tardes calurosas en que todos dormían la siesta en casa de mis

abuelos paternos, yo, que detestaba y temía esa quietud, me sentaba en alguno de los canteros del patio de cemento de mis abuelos que daba a la calle a comer las golosinas que me había guardado desde el mediodía. Esos canteros siempre estaban llenos de flores que mi abuelo plantaba con mucha dedicación, con mano cuidadosa y hábil; recuerdo las flores: eran grandes, blancas y con el centro que se amarillaba, y su textura era como cauchosa. No sé nada de plantas, así que no sé el nombre verdadero de esas flores, aunque recordándolas se me viene a la mente una palabra: cardos. Pero no eran cardos las flores que mi abuelo plantaba en su patio delantero. Me sentaba en los canteros, con calor y a la sombra, a mirar el sol que pegaba sobre el frente de la casa vecina, amarillo tostado como es el sol en Guayaquil cuando el cielo está despejado por la tarde. La casa de mis abuelos quedaba en el barrio Urdesa central, que en esa época (hace muchísimos años que no paso por

ahí) era tranquilo, plano, deshabitado de peatones a esa hora; pasaba cada tanto el heladero haciendo sonar las campanas de su triciclo, y el verdulero también, aunque en esto no sé si me confundo, porque quizás él sólo pasaba los fines de semana anunciando con su grito aflautado y proyectado con la potencia de un tenor las verduras que vendía. Lo hacía todo con sigilo, porque mi abuela se enojaba si alguno decidía desobedecer el mandato de hacer la siesta; esperaba un buen rato, hasta que hubieran cesado todos los sonidos preparatorios al sueño, las cortinas que se corrían, las persianas de vidrio y el sonido giratorio del dispositivo que las inclinaba hasta cerrarlas, el encendido del aire acondicionado, la puerta que se cerraba. Salía entonces, tan silenciosamente como podía, sorteando los peligros de las dos puertas que se interponían entre el patio y yo (y que siempre sonaban). Y ahí me distraía con mis golosinas, que eran siempre las mismas, un chupete rojo y unos

caramelos masticables de varios sabores, que en ese tiempo se llamaban “Chispas” —hoy ya tradujeron el nombre al inglés—. Como hacen muchos niños, comía las chispas en orden, es decir que primero comía los colores que menos me gustaban y terminaba, con pena, comiendo los rojos. Siempre los dulces eran insuficientes con respecto al tiempo que duraba la siesta, ese tiempo que yo sentía como exterior al de la cotidianidad, y que terminaba con la llegada de alguna de mis tías, que traía la vida de vuelta, que agitaba un poco lo visible antes de que llegara el momento de su sueño definitivo. Durante esas horas muertas de la tarde, en que, de aburrida, veía todas las variaciones de la luz solar sobre la pared del frente, creo que yo intuía la llegada de ese sueño definitivo, y quizá lo esperaba, quieta con mis golosinas sobre el cantero, sola y con la mirada perdida en lo que frente a mí se fragmentaba en destellos de luz, en resplandor a través de los pétalos blancos y

amarillos y protegida por la penumbra que proyectaba la casa de mis abuelos.

Puedo decir que fue un tiempo turbio, del que no me quedan más que retazos de conciencia, como listones de color intenso en medio de una bruma que no es en verdad tan densa como para impedir del todo la mirada, pero sí lo suficiente como para permitir que esas siluetas que siguen rondando mi cabeza ganen algo de especificidad y dejen de ser sólo espectros. De algún modo extraño, sin embargo, esas imágenes que son puro color y textura, tal vez un movimiento en medio de una quietud de siesta, presionan cada vez con mayor potencia, hoy, muchas zonas de mi deseo de escribir. Como si, aun sabiendo que tras esas imágenes no hay secreto a develar, que no hay nada más allí, quisiera hurgar el espacio de la memoria; no interpretarlo, ni siquiera resignificarlo: simplemente removerlo para que cambie mínimamente de forma, como una variación cuya novedad no

encerrara beneficio alguno, sólo un tenue e inocuo cambio de aspecto. Removerlo para volver a observar el trabajo incansable del olvido, “ese mecanismo silencioso y aniquilador que la memoria olvida para creerse una representación del pasado”, en palabras de Giordano.¹

Las circunstancias han hecho que esos años de inestabilidad parezcan convenientemente lejanos. Pero, como el pasado no deja de ocurrir, como aparece con cada paso y de modos ajenos a la lógica, irrumpiendo en el relato conveniente y sin fallas que comúnmente deseamos hacer de nuestra propia vida, ahora, para iniciar este ensayo, he vuelto —de nuevo— a las imágenes tibias de mi niñez en Guayaquil, dando este rodeo, que no logro explicarme del todo, sólo para recordar que no creo haber tocado un solo libro durante los primeros diez

¹ Alberto Giordano. “El teatro de la memoria. Sobre *Sin la misericordia de Cristo* de Héctor Bianciotti”, *Revista de Letras*, 7, 2010, p. 127.

años de mi vida, ni que nadie me haya leído uno, ni que en la escuela me hayan enseñado que hay algo —una actividad, una costumbre, una profesión o un deseo— que consiste en leer más allá de las clases tediosas en que se suele enseñar a los niños que su mamá los mimó y los ama.

Mi primera migración en serio se me pasó sin que me diera cuenta. Fue cuando tenía nueve años y nos fuimos a vivir a Quito mi mamá, mi hermana y yo. Es curioso que un viaje tan trascendental en mi vida (me considero quiteña de un modo particular y ambiguo, aunque muy intenso, debido a mi desconfianza y rechazo hacia toda moralidad relativa a la pertenencia territorial, regional o patriótica de cualquier índole), haya pasado tan desapercibido de mi mapa emocional y cognitivo: no logro recordar ese punto de inflexión. De la trashumancia urbana y siempre al borde de lo miserable en Guayaquil pasamos, sin que pueda evocar la transición, a vivir en una

hermosa casa que aún recuerdo: en el valle de San Rafael, frente a un río estrecho, con paredes de vidrio que mostraban un paisaje verde y azulísimo, con jardín, con escaleras alfombradas de rojo. Frente a ese paisaje nuevo creo recordar algunos raptos tempranos de contemplación; el cambio de geografía produjo un cambio en mi modo de ver, o mi mirada empezó a hacerse cargo de sí misma con la presencia calma de esas montañas verdes y lejanas, del río estrecho y gris que corría abajo, dividiendo los caseríos, la amplitud del valle y los empedrados que debía recorrer en bicicleta para llegar a cualquier parque o casa vecina. No tenía idea de qué me llamaba la atención y por supuesto que mis reflexiones, de haber existido, no se pretendían literarias, porque era demasiado joven y porque yo no tenía idea de qué cosa era la literatura. Mi arrobamiento ante ciertos paisajes, que no ha hecho más que intensificarse con los años, era sencillamente una disposición del espíritu o

del temperamento, en ocasiones objeto de burla por parte de algunos cercanos (y cómo culparlos), y recién ahora he empezado a procurar, a sabiendas de la inutilidad de ese intento y de la afasia que sufren las palabras con respecto a la experiencia, escribir sobre eso. Como lo ha precisado Maurice Blanchot, hago este intento como un gesto cuyo fracaso le es inherente: “el medio que utiliza [el escritor] para recordarse a sí mismo es, cosa extraña, el elemento mismo del olvido: escribir”.²

Me he inclinado últimamente por pensar que es la amplitud de ciertos paisajes lo que me llama la atención. Una montaña cercana tiene menos efecto en mi sensibilidad que una que veo de lejos, intervenida por esa bruma que tiñe las cosas a la distancia. Por

² Maurice Blanchot. *El espacio literario*. Barcelona: Paidós, 1992, p. 22.

eso nada me conmueve más que observar los astros. En dos ocasiones he podido echarme a mirarlos desde una locación privilegiada. La primera fue hace varios años en Chivilcoy, que es un pueblito en medio de la planicie exasperada de la provincia de Buenos Aires, en una hacienda a la que habíamos ido en grupo para filmar un cortometraje. Fue la primera vez que vi las estrellas brillar contra un cielo tan negro, y la primera vez que me encontré reflexionando sobre la perplejidad que me invadía ante un paisaje que, me di cuenta entonces, no comprendía.

La segunda vez fue hace poco. Fui con dos entrañables amigos a Caburga, un pequeñísimo pueblo en el sur de Chile, donde pasamos cerca de dos semanas. Habitamos, formando o reforzando —o viendo extinguirse— una comunidad frágil, incompleta siempre, la que integran los amigos a quienes los une un lazo que se sabe temporal, y por eso más intenso mientras persiste;

habitamos, decía, una casa con chimenea frente a un gran lago. No hay allí más que araucarias, pinos, agua y enormes piedras que forman las montañas. También pájaros y algunos perros lejanos. Cuando llegamos y nos ocupábamos en ordenar algunas cosas, elegir habitaciones o preparar algo de comer, aún el sol estaba alto. Destellaba contra las ondas mínimas del lago, que estaba como descompuesto en fulguraciones. Más tarde, en el crepúsculo de ese mismo día, dos de nosotros bajamos a la orilla, nos subimos a un barquito pequeño y remamos sin apuros hacia el centro del lago. Íbamos interpelados por el silencio, y como hacemos por compulsión o costumbre de mermar lo que aparece como pleno, hablábamos de cualquier cosa para disimular el murmullo inmenso de todo lo que nos rodeaba. Cuando dejamos de remar vi hacia el cielo, que estaba a punto de ponerse negro.

(En una época mi gata Julia estuvo muy enferma. Sufría de muchos dolores y ningún veterinario sabía bien qué hacer. Sin embargo, ella sabía administrar bien los intervalos en que no sufría demasiado; subía a la terraza y pasaba largas horas mirando el cielo, acostada sobre un muro ancho. Una noche —recuerdo que estaba llegando la primavera a Buenos Aires, y el cielo no era negro sino más bien como morado, y a ninguna hora ya se oscurece más que eso en esa época del año (ahora, mientras escribo esto, pesa el invierno en la ciudad, y como decía Ángel, ese personaje de la novela *Cicatrices* de Saer, hay esa “porquería de luz de junio, mala, entrando por la vidriera”)—, una fiesta entre amigos estaba teniendo lugar abajo, en mi casa, y yo necesité separarme del grupo porque una inquietud se agitaba en mi pecho con fuerza. Así que subí a la terraza y me senté al lado de Julia, que miraba tranquila el cielo, y la seguí yo en el

gesto: entonces algo que había venido aproximándose durante meses, lo que sentí agitarse todo el tiempo esa tarde, llegó. Fugaz, inasible, total: un terror a la muerte se abalanzó por mi garganta hasta detrás de mis ojos, enorme, infinito como el cielo que estaba mirando, ineludible. Entonces lloré, por miedo a que se me muera la gata, a que los años pasen tan rápido que de pronto yo misma me encuentre esperando la muerte, a la muerte del mundo, de mi madre, de todo lo conocido. Todo esto pero simultáneo, como decir un aleph pero sin sabiduría de ningún tipo, sólo lleno de fin. Lloré largamente mientras Julia seguía en su contemplación tranquila y mientras la música sonaba abajo.)

Cuando levanté la mirada en ese crepúsculo desde el lago Caburga, sentí una oleada interior similar a la que acabo de relatar, pero esta vez no fue de miedo sino de algo menos explicable, más pacífico, pero

igualmente totalizador. Las estrellas se multiplicaban sin fin en esa extensión impersonal e indiferenciada. Me dejaba estupefacta una inmensidad tan inabarcable. De algún modo lateral, ajeno a las palabras y más aun a ningún afán teorizador, recordaba en la contemplación silenciosa de ese firmamento infinito, las consideraciones que elaboró Giorgio Agamben en su ensayo "Qué es lo contemporáneo". En ese momento no pude haber recordado las palabras exactas del teórico italiano, sino apenas una imagen, la de la luz de las estrellas viajando por años y manifestándose tardíamente ante los ojos de los terrestres. Esa luz que llega sólo a condición de haber muerto en su origen: que existe en el firmamento como prueba de su propia ausencia. Más tarde, volví a las palabras de Agamben:

En el universo en expansión las galaxias más remotas se alejan de nosotros a una

velocidad tan alta que su luz no puede llegarnos. Lo que percibimos como la oscuridad del cielo es esa luz que viaja velocísima hacia nosotros y que no obstante no puede alcanzarnos, porque las galaxias de las que proviene se alejan a una velocidad superior a la de la luz. Percibir en la oscuridad del presente esa luz que trata de alcanzarnos y no puede: eso significa ser contemporáneos. Por eso los contemporáneos son raros; y por eso ser contemporáneos es, ante todo, una cuestión de coraje: porque significa ser capaces, no sólo de mantener la mirada fija en la oscuridad de la época, sino también de percibir en esa oscuridad una luz que, dirigida hacia nosotros, se nos aleja infinitamente. Es decir, una vez más: llegar puntuales a una cita a la que sólo es posible faltar.³

Quizá sea una actividad inherente a toda conciencia —y más aún para aquellos

³ Giorgio Agamben. "Qué es lo contemporáneo", *Otra parte*, 20: 7, 2010, p. 78.

lectores que, como yo, se sienten conmovidos de modo singular por cierta teoría—, el ejecutar una operación como esta que estoy ensayando ahora: el narrarse a sí mismos historias que vayan agregando sentido a lo que en principio es sin sentido, lo que tiene el poder de dejarnos en silencio. La cuestión es que en ese anochecer del sur chileno, flotando en medio de un lago, rodeados de una neblina creciente de intensidades variables (después de unos minutos empezaban a distinguirse las copas lejanas de los pinos contra el cielo, en la orilla contraria, las áreas más claras de arena en la playa, incluso ciertos destellos en el agua provocados por las estrellas más grandes, fragmentados por la agitación discreta del agua), el espacio que se presentaba así, inconmensurable y oscuro, poblado de entes brillantes que se esparcen de modo caprichoso para ofrecer una luz que ya no existe, atravesado por esa bruma que es una parte del espiral de la Vía Láctea y que yo nunca había visto

antes, me hizo callar de un modo que excede el simple acto de no emitir palabras. Una certeza de desaparición próxima de todo lo visible, la evidencia de un modo de ser ambiguo en todo lo existente y en mí misma traídos a primer plano por el paisaje sideral, se mezclaba con la alegría intempestiva de estar ahí: éramos dos presencias mínimas en la inmensidad del universo, tan humildes como pueden ser dos concentraciones pasajeras hechas de sangre y conciencia, algo así como una brizna de arena en un océano interminable, y sin embargo ahí estábamos, y escuchábamos el rumor del lago y de las hojas que se agitaban lejos, y nuestros cuerpos aún eran capaces de estremecerse con el frío del lago e incluso, en medio de una inmensidad así, mi conmoción ante lo que veía produjo una nueva distribución de lo existente, tan modesta que es invisible, tan intensa que existió pese a todo.

Persistía también la certeza, dolorosa y determinante, de que ese silencio que condujo la aparición de la imagen sideral estaba por terminar, y que aquella epifanía estaba condenada a tratar de ser en adelante explicada con palabras, y que se perdería así su carácter verdadero; que se iría, como se va toda experiencia, llevada por el flujo indetenible del acontecer.

No puedo decir que me considere una viajera. He viajado algo, menos que la mayoría de mis conocidos, y siempre ante planes de viaje me encuentro a mí misma en actitud reticente y a veces me angustio: los planes de viajar me generan algo así como una sospecha que trato por todos los medios de disimular. Asimismo, una vez en tierra extranjera, me cuesta congeniar intereses con los compañeros de travesía; aborrezco las largas jornadas consistentes en correr de

un lugar de interés al siguiente, los tours me ponen mal, los guías turísticos me irritan, y para emocionarme en un paraje nuevo lo que me hace falta dista mucho de un monumento o incluso una hermosa construcción antigua. No soy, me parece, una buena turista. Tampoco creo en las virtudes morales que muchos asocian con el viaje: no me consta que viajar haga mejores, más abiertas o más solidarias a las personas, ni estoy tan segura de que entre uno más conozca el mundo más perspectiva sobre la vida adquiriera. Las emociones que me genera volver a Quito por octava o novena vez desde que vivo en Buenos Aires tienen más alcance en mí que viajar al otro lado del mundo... no por falta de curiosidad ni por desdén autosuficiente, mucho menos por nacionalismo (del que carezco absolutamente): se trata más bien de una relación sentimental intensa con ciertos espacios que, de tan recorridos, de tan conocidos, me

ofrecen una extrañeza singular y me permiten entablar un diálogo con otras versiones de mí que parecen estar rondando, como espectros, lugares recorridos desde hace muchos años, un diálogo íntimo y silencioso con el recuerdo y con los afectos. Por eso, quizá, no sea contradictorio decir que la geografía tiene un enorme poder sobre ese constructo heterogéneo que considero mi vida (cualquier vida), pero que viajar me resulta secundario y hasta prescindible.

Lo primero que leí, ya en Quito, a los once o doce años, fueron unos tomos de la historieta Mafalda que aparecieron en casa un día, no sé bien de dónde. Me senté en el escritorio donde hacía mis deberes escolares y leí de un tirón cinco o seis de esos tomos. De esa primera experiencia de lectura (o de esa primera lectura que se me presenta como experiencia consciente de lectura), recuerdo únicamente mi propia risa desenfrenada, exagerada quizá con respecto a lo que me la provocaba (a decir de

mi madre, una risa de “niña loca”) y mi fascinación por la ciudad que allí estaba representada. Se me hacía increíble que en un lugar del mundo existiera realmente un día en que empieza la primavera y, adherida con convicción a un estricto pacto realista que había hecho con lo que tenía entre las manos, las plazas, las veredas, los almacenes y los departamentos dibujados por Quino se convirtieron en imágenes obsesivas para mí. No conté, pero sé que leí esas historietas al menos unas veinte veces en ese año; de hecho, fue todo lo que leí durante algún tiempo. No sabía bien qué era Buenos Aires, ni dónde quedaba, ni si estaba lejos o cerca, lo que yo entendía por Buenos Aires empezaba y terminaba en lo que me mostraban las historietas de Mafalda. Así, mi relación con la ciudad que veinte años después habito, se forjó durante mucho tiempo sobre la base de un conocimiento que no tuvo nada que ver con el viaje: una experiencia

de lectura fue el inicio de mi vida en Buenos Aires.

En la medida en que todo viaje tiene como referencia domesticadora al *oikos*, la diferencia se juega en términos de mutación del hogar que se abandonó y de la capacidad de reconocimiento entre este y el viajante. Según la teoría más clásica sobre el viaje, ciertos valores y pares significativos están puestos en juego: pérdida/ganancia, partida/retorno, tiempo/espacio, etc. Estas valoraciones son útiles en la medida en que establecen núcleos de sentido polarizados, en cierta medida didácticos, que entregan un punto de partida desde el cual leer la propia experiencia. Desde el punto de vista metodológico, me ocurre con estas nociones lo mismo que me ocurría cuando, mientras estudiaba cine, algún profesor nos

mandaba a filmar un cortometraje bajo alguna consigna.⁴ Esas consignas —que en principio acotaban enormemente las posibilidades de creación—, para mí tenían un efecto proliferante: jugar con un mandato se me hacía más divertido que tener en mis manos toda la materia del mundo. Estos conceptos, enunciados de este modo tan clasificatorio, que en principio fijan con autoritarismo lo que es inasible e inarticulable, me resultan motivantes en la medida en que, por movimientos mínimos de desvío o por un gesto pertinaz de merodeador con respecto a su estatismo, empiezan a descomponerse, a mostrar sus intersticios, para dejar aparecer lo que estaban ocultando, la naturaleza ambigua de todo movimiento. Una de las certezas que me quedan aún es, irónicamente, que todo lo que se nos presenta liso y sin fallas, macizo, ajeno a los

⁴ Ahora recuerdo dos de ellas, y conservo aún los productos audiovisuales que fueron su resultado: “Sábado a la noche, domingo a la mañana” y “Repetición y variación”.

conflictos, bulle secretamente de incertidumbres y de ambigüedad. Que si hay algo demasiado dicho, es que está sobrevolado por núcleos de caos y dispersión que amenazan con destruir todo orden vigente, y que de ese peligro surgen, como bastiones de defensa, la autoafirmación y sus histerias proclamatorias.⁵

Cuando vine a vivir a Buenos Aires, uno de los últimos días de febrero de 2005, el par hogar/extranjero no se prestaba a confusión. Dejé Quito sin saber bien por qué ni para qué, ni si era buena idea hacerlo. Mi carrera en la academia literaria la he recorrido siempre de un modo errático e improvisado, aunque desde lejos parezca lo contrario, con lo cual quiero decir que no vine a Buenos Aires con un propósito académico estricto. Por el contrario, estudiar era la

⁵ Como escribió José Luis Pardo: "Presentarme como idéntico a mí mismo, sin fisuras ni debilidades, falsea la verdad de mi vida (de mi muerte, de mi mortalidad) porque falsea su falsedad, falsifica su fragilidad con la apariencia de firmeza", 1996, p. 47.

forma de poder vivir en otra parte, en ese locus imaginario que para mí era (y en alguna medida sigue siendo) Buenos Aires. Esto era todo lo nuevo, y Quito era mi ciudad: para mí eso estaba tan claro y asumido de modo a tal punto acrítico, que un año después, cuando volví a Ecuador de visita, inició un proceso que no se ha detenido y que antes nunca había experimentado.

Quito era mi ciudad: sin darme cuenta, había caído en la superstición de que los espacios son algo, es decir que tienen una esencia inmutable, algo que los hace ser lo que son y que, asimismo, impide que cambien. Ese era mi más grande deseo: el de encontrar a Quito tal como lo había dejado. Que el tiempo no hubiera hecho su trabajo lento pero implacable en nada de lo que me era conocido. Mientras escribo esto, me parece entender que esa convicción de identidad de la ciudad que dejé y a la que un año después volvía, ocultaba un miedo inconfesado a que todo hubiera cambiado.

Pero como diría el crítico Alberto Giordano en sus charlas con alumnos y dirigidos (entre los que me cuento), todo lo que es, es ambiguo: ni todo había cambiado, ni nada seguía igual. Desde entonces lo que marca mi relación con Quito se escapa de lo articulable; una vez abolida la esperanza de que Quito fuera algo, cualquier cosa, y que en tal virtud permaneciera inmutable en mi ausencia, cada regreso ha ejecutado diversas torsiones sobre el par hogar/extranjero que al principio estaba tan claro en mi mente. Encontré, en esa primera visita, una resistencia del espacio a mis recorridos que no ha cedido; como si la ciudad, que dejé como espacio diáfano y propio, hubiera sufrido una inclinación mínima, una metamorfosis discreta que, sin embargo, lo trastornaba todo. Que lo trastorna todo. Y entonces Quito dejó de serme propia; mi relación con Quito ya no pudo volver a ser fluida

y cristalina, y pasó a ser otra cosa: la conversación con ese espacio se dispersó sin fin, se hizo íntima.

José Luis Pardo ha pensado la intimidad en términos muy distintos a los que buscan reducirla a una gradualidad más intensa de lo privado. Contrariamente a la idea más difundida de la intimidad, que asume que lo íntimo es lo que resguardamos en lo más profundo, lo incomunicable que se esconde como un tesoro, Pardo sostiene que “la intimidad aparece en el lenguaje como lo que el lenguaje no puede (sino que quiere) decir. La intimidad no está hecha de sonidos sino de silencios, no tenemos intimidad por lo que decimos sino por lo que callamos, ya que la intimidad es lo que callamos cuando hablamos”.⁶ En este sentido, el medio ideal para la aparición de algo íntimo es la conversación, la relación, la comunidad. Pero, en esa comunidad, es lo

⁶ José Luis Pardo. *La intimidad*, Valencia, Pre-textos, 1996, pp. 54-55.

que no se llega a decir, lo que queda flotando entre las palabras, o detrás de ellas, presionándolas, ese silencio que, como la mirada con respecto a la oscuridad de la que habla Agamben, se debe sostener con la voz, para que las certezas del lenguaje se dejen aún perturbar por la potencia de lo no dicho que aparece y se sustrae en un mismo movimiento. Si la intimidad es la inclinación a decir de Pardo, y no la inclinación hacia algo sino la inclinación en tanto disposición a inclinarse, tendencia al desequilibrio y goce de lo que está todo el tiempo por precipitarse hacia sus consecuencias, Quito empezó a ser para mí el escenario vivo de todas mis inclinaciones, el afuera que, paradójicamente, tenía que recorrer después de haber partido:

Para relacionarse consigo misma en todas sus operaciones, la cosa pensante debe separarse de la pura puntualidad. Debe extenderse. Al extenderse, se desvía de sí -no se divide

verdaderamente, no se corta, sino que se desvía. De este desvío, debe regresar, volver a 'sí misma'. Pero esta vuelta pasa por un afuera. Solamente allí ella podrá constituirse en 'adentro' y en egoidad. El 'adentro', desde el comienzo, está formado por el desvío-afuera, es propiamente abierto desde afuera.⁷

Pero no sólo escenario. Al modo de Nancy en este fragmento, o pensando en la noción de afuera de Foucault⁸, Quito como

⁷ Jean-Luc Nancy. *58 indicios sobre el cuerpo. Extensión del alma*. Buenos Aires: La cebra, 2011, p. 10.

⁸ "Es necesario reconvertir el lenguaje reflexivo. Hay que dirigirlo no ya hacia una confirmación interior —hacia una especie de certidumbre central de la que no pudiera ser desalojado más— sino más bien a un extremo en que necesite refutarse constantemente: que una vez que haya alcanzado el límite de sí mismo, no vea surgir ya la positividad que lo contradice, sino el vacío en que va a desaparecer; y hacia ese vacío debe dirigirse, aceptando su desenlace en el rumor, en la inmediata negación de lo que dice, en un silencio que no es la intimidad de ningún secreto sino el puro afuera donde las palabras se despliegan indefinidamente [...]. No más reflexión, sino el olvido; no más contradicción, sino la refutación que anula; no más reconciliación, sino la reiteración; no

espacio devino extensión viva, ajena a la conciencia, que enrarece las certezas y los saberes que me permiten articular un relato de mi vida fuera de mi país. Y yo empecé a experimentar una extraña erosión de las clasificaciones que había elaborado para entender mi estadía en Buenos Aires y mi relación con Quito; yo también me extendí en esa vuelta. Creo que el hecho de haber empezado a escribir un libro de cuentos en que me permito volver obsesivamente a Quito, a recorrer sus calles y conversar de nuevo con amigos que ya no están más, con viejos amores, con espacios que han cambiado tanto que ya no son reconocibles o que fueron abolidos por el tiempo, el hecho de haber vuelto a explorar una zona tan poco hospitalaria como mi infancia en Gua-

más mente a la conquista laboriosa de su unidad, sino la erosión indefinida del afuera; no más verdad resplandeciendo al fin, sino el brillo y la angustia de un lenguaje siempre recommenzado". Michel Foucault. *El pensamiento del afuera*, Valencia, Pre-textos, 2004, pp. 24-26.

yaquil, es algo que se hizo posible en la distancia: no por ningún enriquecimiento vital o cultural, ni por alguna nueva perspectiva ganada, sino porque la vuelta —el recommienzo— disipó los saberes —enteramente ficticios, por otra parte— que yo creía tener acerca de mi existencia entre dos espacios. Los saberes devinieron rumor, y no he querido desde entonces que el rumor mute en palabra. O, para ser más precisa, no he querido que la palabra vuelva a olvidar que vive como rumor y no como representación: esa es mi experiencia del espacio que habito y del que tengo lejos.

Hace diez años que vuelvo a y parto de Quito. Qué tan ingenua y potente puede ser la imaginación cuando se empecina en reconstruir un locus que pretende puramente placentero, es algo que descubro cada vez que recuerdo, por ejemplo, los años de inconsecuencia en la casa de la parte trasera del Ajicero, esa fonda para borrachos custodiada con celo por la abuela

de mi amigo Santiago, y que para nosotros, grupo de amigos de la universidad, hace bastante más de una década, fue fuente inagotable de cerveza y el espacio idóneo para la experimentación de nuestros propios límites, de nuestros deseos y de nuestra inclinación a la alegría; para el despliegue, encantador por espontáneo, y por efímero, de una comunidad que, ciertas tardes inocentes y éticas, llegó a creer en su propia perpetuidad. De muchos de los espacios que dejé como si dejara un miembro de mi cuerpo quedan restos indiferentes a su propia historia, paredes pintadas de blanco donde brotaban versos dedicados, pedazos de botellas incrustadas, dibujos hechos sin destreza, testimonios de caídas. Ni siquiera hemos vuelto alguna vez por curiosidad o la más vulgar nostalgia —sigo hablando en plural, a tal punto esos años estuvieron marcados por la euforia de sentir que nos constituía la colectividad singular que formábamos—. Y sin embargo persiste un

fondo de experiencia en los espacios que se han perdido. Ese fondo de experiencia no es patrimonio de ninguno de los que lo fuimos constituyendo con los años, existe como las piedras que forman las montañas, está hecho de mil modulaciones impersonales de la materia y la experiencia, “todas las sutiles simpatías del alma innumerable, del odio más amargo al amor más apasionado”.⁹

Me refiero a años entre la adolescencia y la adultez, y los recuerdo con más complacencia que nostalgia, como si la alegría de no haberme privado de tan placentera cuota de despojo juvenil fuera contraria y excluyera a cualquier empalagoso lloriqueo por los tiempos idos. Especialmente porque la materia de la que está hecho ese tiempo tiene la calidad del instante que vuelve; y en tanto instante, dice Nietzsche, “es un milagro”, “aparece en un parpadear, en el próximo desaparece, antes una nada,

⁹ Gilles Deleuze. *La literatura y la vida*. Córdoba: Alción, 2006, p. 56.

después una nada, sin embargo retorna como un fantasma para estorbar la tranquilidad de un instante venidero”.¹⁰

Buenos Aires cambió su estatuto imaginario, aunque no lo perdió. De esa bidimensionalidad que Mafalda inauguró en mi sistema de creencias, de las imágenes que, años más tarde, en la universidad, me entregara mi lectura empecinada —y novata— de escritores argentinos (los engullía a todos sin distinción: Borges, Cortázar, Bioy, Conti, Di Benedetto, Mujica Lainez, tantos otros), la experiencia de estos diez años no ha abolido el carácter imaginario sino, quizá, apenas lo que esas imágenes suscitan. Buenos Aires es una especie de hogar en pasaje; la contundencia de mi estadía aquí diferencia

¹⁰ Friedrich Nietzsche. *Segunda consideración intempestiva. Sobre la utilidad y los inconvenientes de la Historia para la vida*, Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2006, p. 14.

mi disposición hacia la ciudad de la de la mayor parte de extranjeros residentes que he conocido en estos años en la medida en que no temo actuar como si nunca fuera a irme de regreso. Buenos Aires es la ciudad de mi matrimonio, de mi carrera académica, de las nuevas —y, quiero creer, más interesantes— perspectivas sobre la literatura que he adquirido, de las responsabilidades sociales y afectivas. Aquí adopté a mis tres perras y mis tres gatos rescatados de la calle, los amigos que han pasado por esta ciudad como yo, volvieron posibles nuevas figuraciones de lo comunitario desde el lugar ambiguo de la adultez en tierra extranjera, en Buenos Aires inicié mi activismo político en defensa de los animales no humanos, mi familia tan atípica y tan imprescindible. Aquí, lejos de mi madre, mi padre (ese papá que fui a encontrar, o que me encontró, afortunadamente, en Quito) y mis hermanos, tuve que emprender el aprendizaje, prosaico pero ineludible, de la vida adulta.

Vivimos, Sebastián y yo (y las perras, y los gatos), en el barrio porteño de Flores, tradicional aunque venido a menos, ajeno por completo a las postales (que terminaron por resultarme fastidiosas) de Caminito o la 9 de julio con su obelisco tan emblemático como soso y prepotente. El pasaje de los lugares comunes de esta ciudad —que marcaron los primeros meses tras la primera llegada— a la vida cotidiana en los barrios, a las caminatas, ya tan numerosas, por zonas que no dejo de visitar porque en la familiaridad que me brindan, no dejan de serme revelados movimientos mínimos de mi subjetividad que se agita ante ciertos paisajes plácidos del Cid Campeador o de Villa del Parque; ese pasaje, da cuenta de una porosidad de mi imaginario sobre lo porteño, que incluía, también y como cualquiera podrá confirmar, ideas tan insulsas como la de Buenos Aires como ciudad europea en América, porosidad que ahora se

hace muy complicado determinar. Mis paseos por Buenos Aires —no pretendo figurarme como una gran caminante urbana: no lo soy— empezaron a dejar de nuclearse alrededor de los barrios paradigmáticamente destinados a ese fin y se fueron centrando en algunas calles tranquilas y casi deshabitadas de peatones y autos, con sus casas bajas de terrazas que me evocan siempre un mediodía de verano en que azota un sol que todo lo aquieta, con sus árboles viejos y con sus avenidas luminosas y amplias. La calle Pujol cuando corre cerca de Caballito norte, o la avenida Gaona entre Villa Crespo y La Paternal, o las calles estrechas y silenciosas, ventosas en mi memoria, de Villa Santa Rita, son los parajes que sé que recordaré cuando me haya ido de aquí, que ya, a pesar de pertenecer al presente, me habitan como recuerdos. Porque en la intensidad imprevisible que algunos mediodías de domingo me separaron en esos barrios hospitalarios

y como anacrónicos, comprendí que la placidez es entender que los destellos de vida en el devenir de la experiencia no son anticipables ni repetibles, y que por tanto su singularidad se cifra en el modo esquivo de su emergencia, en su estar desapareciendo todo el tiempo, ante nuestros ojos.

Antes la obsesión se centraba en la ilusión de la permanencia; como con Quito, buscaba una esencia que me asegurara que las comunidades de las que formaba parte quedarían por siempre intactas. Hoy quiero vivir de esos encuentros fugaces y deleitables, que siempre habrán ya pasado cuando ocurran; como Benjamin pensaba la tarea del historiador, quiero adueñarme del recuerdo “tal como éste relampaguea en un instante de peligro”.¹¹

¹¹ Walter Benjamin. “Tesis sobre la filosofía de la historia”. En *Ensayos I*. Madrid: Editora Nacional, 2002, p. 74.

Mi relación con el espacio tiene que ver con las distancias que he recorrido, y con el capital simbólico que las personas que he encontrado, y las que aún voy a encontrar, me permiten acumular. El poeta y teórico Yves Bonnefoy escribió:

Es en las relaciones entre personas, las más directas, las más simples, como pueden descubrirse -semejantes a ese gran río, aquí o allá interrumpido por bancos de arena, y en sus orillas un canto obstinado de pequeña flauta- la verdadera energía, la verdadera lucidez, las verdaderas razones de buscar en la vida un poco de sentido y recompensa".¹²

La investigación doctoral que actualmente realizo tiene como corpus la obra novelística del argentino Sergio Chejfec, y el eje que exploro se basa en la articulación del espa-

¹² Yves Bonnefoy. *El nombre del Rey de Asiné*. Buenos Aires: Huesos de jibia, 2010, p. 46.

cio, el paisaje y la geografía con los movimientos, viajes y errancias de los personajes que los recorren, el modo en que ambos ejes actúan y presionan esta escritura. En una de sus novelas más hermosas, *Los planetas*, el narrador dice:

Para quien se entrega a una amistad territorial, el tiempo, incluso el mismo espacio, es una excusa subalterna respecto del único elemento esencial, el camino oblicuo, muchas veces también sinuoso, siempre arbitrario, en cuyo recorrido como bajo las aguas se va acumulando el limo, huella y trabajo de la distancia. Resulta paradójico que el territorio, una categoría espacial, vea abolida su misma condición para hacerse inabarcable y manifestarse bajo la forma de demora, de pasado muchas veces irrecuperable, apogeo caduco, o de presente liberado, apto

para cambiar de forma y ocupar otro lugar en cualquier momento y circunstancia.¹³

Quizá este sea el modo de explicitar mejor la dificultad que he mostrado durante este ensayo para entender mi relación con mi migración individual y mi vida en un país extranjero. No concibo los espacios que habito sino como cúmulos imaginarios relacionales, conectados por infinitos filamentos de sentido que escapan a mi comprensión, y cuyo estatuto sentimental le otorga verdad a mi vida. La tensión entre los dos espacios en los que he repartido mi vida en porcentajes no tan desproporcionados ya a estas alturas, es irresoluble y ambigua; es mi incapacidad para saber dónde está mi hogar, quizá, una de las alegrías que experimento en la vida. “Huella y trabajo de la dis-

¹³ Sergio Chejfec. *Los planetas*. Buenos Aires: Alfaguara, 2010, p. 163.

tancia”: en esta fórmula conmovedora podría cifrar todo lo que, con tantos rodeos, he estado describiendo. La distancia no está, por definición, en ningún lugar: es lo que se extiende entre dos o más lugares; es, por eso, tensión, recorrido, trabajo. Y se lee también en la cita: “amistad territorial”. “Éramos amigos y no lo sabíamos”, dice Blanchot para ilustrar mejor sus formulaciones acerca de lo lento, lo impreciso, del inicio de la amistad. Desde el patetismo que no acepta reconvenções del niño que cree que su amigo o amiga lo será por siempre, hasta la intensidad de las amistades que siempre estarán a punto de perderse, en la vida la idea de una comunidad de amigos siempre me ha obsesionado. Mis espacios son, también, mi familia de amigos: mis hermanos y mis padres, mi esposo, mis compañeros y compañeras de activismo, los animales que me acompañan todos los días, mis amigos de antes y los de ahora, los que tuvieron que irse a otro país, los que abrazo

cada vez que vuelvo a Quito y con los que me unen códigos antiguos y vigentes cada vez, una complicidad que no caduca; el que tuvo que sumirse en la certidumbre de estar en control de su propia muerte con alegría suprema, sin saber que siempre el que muere es otro. Él, que tanto sabía, no sabía eso, pero su alegría, años después, me alegra también. Con todos ellos, lejos o cerca, y más allá de lo que podamos decir en voz alta, mantengo una conversación infinita. Y el país invisible de esa conversación es mi hogar.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agamben, Giorgio (2010), “Lo contemporáneo”, *Otra parte*, 20: 7.
- Benjamin, Walter (2002), “Tesis sobre la filosofía de la historia”. En *Ensayos I*. Madrid: Editora Nacional.
- (2005), *Paris, capital del siglo XIX. El libro de los pasajes (1927-1940)*, Madrid: Akal.
- Blanchot, Maurice (1992), *El espacio literario*. Barcelona: Paidós.
- (2000), *Pour l'amitié*, Tours, Farrago.
- Bonnefoy, Yves (2010), *El nombre del Rey de Asiné*. Buenos Aires: Huesos de jibia.
- Chejfec, Sergio (2010), *Los planetas*. Buenos Aires: Alfaguara.
- Deleuze, Gilles (2006), *La literatura y la vida*. Córdoba: Alción.
- Foucault, Michel (2004), *El pensamiento del afuera*, Valencia, Pre-textos.
- Giordano, Alberto (2000), “El teatro de la memoria. Sobre *Sin la misericordia de Cristo*

de Héctor Bianciotti”, *Revista de Letras*, 7: 127-136.

Nancy, Jean-Luc (2011), *58 indicios sobre el cuerpo. Extensión del alma*. Buenos Aires: La cebra.

Nietzsche, Friedrich (2006), *Segunda consideración intempestiva. Sobre la utilidad y los inconvenientes de la Historia para la vida*, Buenos Aires: Libros del Zorzal.

Pardo, José Luis (1996), *La intimidación*, Valencia, Pre-textos.

Seferis, Yorgos, “El rey de Asiné”. En Bonnefoy, Yves (2010), *El nombre del Rey de Asiné*. Buenos Aires: Huesos de jibia.

Daniela Alcívar Belloio (Guayaquil, 1982). Escritora, crítica literaria, investigadora académica y editora. Doctora en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Es autora de los libros de ensayos *Pararrayos. Paisajes, lecturas, memorias* y *El silencio de las imágenes*; del libro de relatos *Para esta mañana diáfana* y de la novela *Siberia*. Actualmente dirige el Centro Cultural Benjamín Carrión en Quito. Esta crónica se publicó en el n^o 42 de salagrupo.org, actualmente en la sección Archivos de salagrupo.com

*

COLECCIÓN GAFAÑOTO



Este libro se terminó de maquetar en marzo de 2021
Ciudad de Buenos Aires, Argentina

ISBN 978-987-22445-9-3



9 789872 244583